

*Recuerdos de un aprendizaje*

# Presencia de José Luis Martínez

Adolfo Castañón

*El pasado 20 de marzo falleció José Luis Martínez, una de las figuras más importantes de los estudios históricos y de la literatura mexicana. Autor de obras como *Hernán Cortés, Nezahualcóyotl: vida y obra*, *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI*, sólo por mencionar algunos títulos de una obra monumental, José Luis Martínez se yergue como uno de los autores clásicos de la cultura mexicana contemporánea.*

I

Las seis sílabas del nombre de José Luis Martínez (nacido en Atoyac, Jalisco, en 1918) nos son tan familiares como el nombre de un lugar. Cuando me empecé a enfilar hacia el bosque de las letras, llegó a mis manos el libro de color verde que en 1955 Octavio Paz y Carlos Fuentes le publicaron a José Luis Martínez, en aquella malograda Colección Obregón que editaba la Antigua Librería Robredo, dirigida por José y Rafael Porrúa Turanzas. El libro resultó ser un breviario ejemplar de crítica y de criterios, de tareas, cuestiones y problemas literarios, y estaba escrito con sencillez y limpieza expositiva. Es el manual de un arquitecto o de un urbanista que ve la ciudad literaria desde arriba y le va tomando fotografías aéreas a sus barrios para, desde ahí, recons-

truir mejor su traza y trazo originales. La obra curiosamente fue castigada por el propio José Luis Martínez, quien no la considera en la bibliografía que de sí mismo incluyó en *La literatura mexicana del siglo XX* (1995),<sup>1</sup> publicada en coautoría con Christopher Domínguez Michael.

*Problemas literarios*<sup>2</sup> puede ser leído también como una agenda o un manual de crítica literaria y de filología —y hasta tiene una parte final que recoge los ecos

<sup>1</sup> José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael, *La literatura mexicana del siglo XX*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, primera edición, México, 1995, 283 pp.

<sup>2</sup> José Luis Martínez, *Problemas literarios*, Gráfica Panamericana, S. de R. L., Colección Literaria Obregón, dirigida por Octavio Paz y Carlos Fuentes, 3, primera edición, México, 1955, 228 pp.

de una polémica producida por un artículo suyo sobre la “situación de la literatura mexicana contemporánea”.

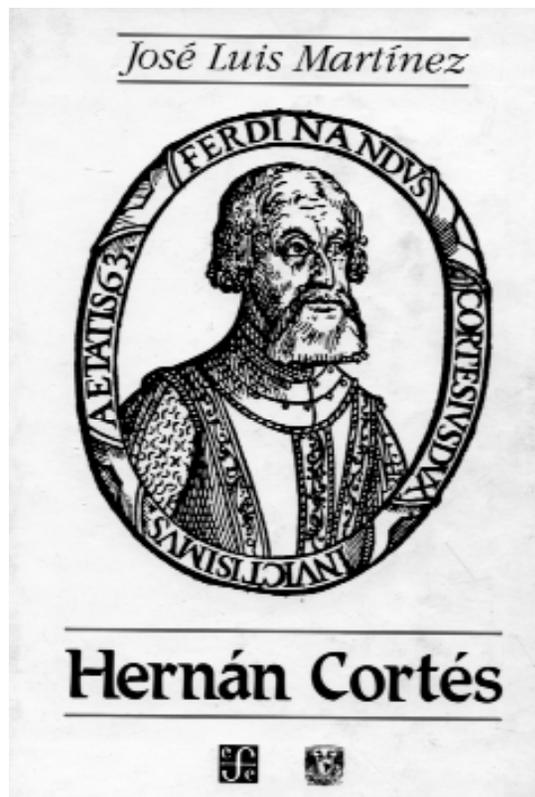
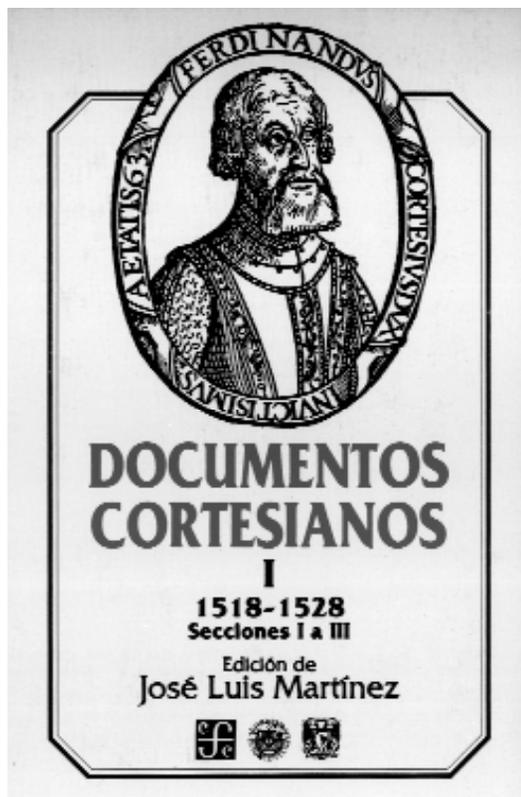
El libro cayó en las manos del adolescente que fui en buena hora. Y lo leí y releí prácticamente como si fuese un manual de autoayuda para el joven aspirante a crítico literario. Años más tarde, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, en el curso de “Teoría literaria” de Huberto Batis, éste nos dio a leer *La teoría literaria* de René Wellek y Robert Warren y comprobé que los criterios y cautelas enunciados por José Luis Martínez que aquí produjeron escándalo eran compartidos “universalmente”, o sea por estos profesores norteamericanos. Así pues, para calcar una expresión francesa, ya traía yo desde joven “la pulga en la oreja” a propósito de don José Luis Martínez y cada que me encontraba un libro suyo o donde él hubiese colaborado, me detenía a leerlo y examinarlo. Mis pasos me llevaron pronto a volver a tropezar con su nombre.

Tenía que desarrollar un proyecto, una *Historia de la crítica literaria en México* para el Seminario de Cultura Nacional del INAH, situado en un edificio anexo al Castillo de Chapultepec. La dirección del Centro de Estudios Históricos la llevaba Enrique Florescano, y el seminario estaba dirigido por Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco. José Luis Martínez, como se sabe, trabajó mucho durante los años cincuenta y sesenta en la historia y la literatura mexicana del siglo XIX: Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Manuel Acuña,

Orozco y Berra, Zarco, Luis de la Rosa y Justo Sierra, los caracteres y parámetros de una literatura nacional fueron objeto de sus estudios y lecturas y, de hecho, el título de su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, dictado en 1960, versa sobre “La naturaleza y carácter de la literatura mexicana” —un tema que hoy puede parecerles poco atractivo a los lectores desinteresados o más bien despistados— del proceso de formación regional de las literaturas continentales. José Luis Martínez acababa de publicar en 1976, en la *Historia general* de El Colegio de México, el extenso y compendioso ensayo “México en busca de su expresión (1810-1910)” que yo titulo para mis adentros *La literatura mexicana en una nuez*.

En ese interés por el pensamiento de los escritores mexicanos del siglo XIX, José Luis Martínez no estaba solo. Daniel Cosío Villegas, Luis González y González, Clementina Díaz y de Ovando, Moisés González Navarro, Josefina Vázquez, Andrés Henestrosa, José Fuentes Mares, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Enrique Krauze y Vicente Quirarte para dar santo y seña de otros escritores contemporáneos, han compartido este interés apasionado por las letras mexicanas de ese periodo.

En 1979, regresé como hijo pródigo al Fondo de Cultura Económica, después de aquella breve aventura como aprendiz de investigador y como uno de los redactores fundadores de la revista *Nexos*. Don Jaime



García Terrés —querido subdirector y luego director— me abrió las puertas de la editorial donde trabajaría más de veinte años.

El director era el “imprescindible” —la expresión es de Octavio Paz— José Luis Martínez, a quien yo no conocía personalmente pero que, como ya dije, no me era, por su obra, para nada desconocido. Tenía presente su *Netzahualcóyotl* (1972); su edición de las *Obras* de Ramón López Velarde de 1971, y revisada y mejorada en 1979, y en 1991; y sus libros sobre literatura mexicana de los siglos XIX y XX. Don José Luis me mandó llamar para conocerme y para encargarme una tarea que era como una prueba iniciática: preparar una introducción didáctica al *Códice Borgia* del cual la editorial tenía planeado hacer una edición popular. Cuando me mandó llamar, sabía por el gerente de producción Felipe Garrido —ya entonces mi amigo— qué me iba a encargar, de modo que me apuré a preparar algunas notas para guiar la conversación. Iba a encontrarme con el legendario discípulo y colaborador de Alfonso Reyes (con quien había participado en la redacción del panorama literario para *México y su cultura* con la parte dedicada al siglo XIX), con el amigo y entrevistador de Xavier Villaurrutia, el fundador de *Tierra nueva*, junto con Alí Chumacero, Jorge González Durán y Leopoldo Zea, con el contertulio “divino” de los amigos mencionados y de Joaquín Díez-Canedo y Jaime García Terrés; con el amigo de Octavio G. Barreda y Octavio Paz, Juan Rulfo y Juan José Arreola; me iba a encontrar con el señor que le abría su casa los domingos al dios de la conversación y donde se podían saludar José Alvarado y Max Aub, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet, con el juez de jueces librescos, el bibliófilo, bibliómano y bibliotecario dueño de un famoso e imponente acervo que ahora debe rondar los ochenta mil ejemplares y cuyo precio puede valuarse ahora en varios millones de dólares. Hacía unos meses me había permitido escribir en un panorama sobre la crítica literaria en México, unas páginas sobre don José Luis Martínez y sobre su obra antológica en seis volúmenes, *El mundo antiguo*. No sabía yo qué podía pensar él de mis páginas obviamente admirativas. Para mi sorpresa, aquel hombre reservado y de grandes ojos abiertos —como los de Acteón,



*José Luis Martínez*

al que la diosa Diana transformó en venado cuando él la sorprendió bañándose— me recibió amablemente, “con esa cortesía suya que es tan grande como su saber”, como dice Octavio Paz, más de condiscípulo y amigo que de jefe. Pero se dice que José Luis Martínez es uno de los últimos caciques de la literatura mexicana, es decir uno de los pocos hombres capaces de reunir autoridad literaria y política. No lo mueve la pasión política sino un cierto estoicismo o, como dice Max Aub en sus *Nuevos diarios inéditos* (1939-1972), en un apunte de abril de 1969, a propósito de su impasible amigo José Luis Martínez, que él actuaba o dejaba de actuar. “Por mexicanismo, sí: las cosas son así, aceptémoslas. Intentemos hacerlo mejor”.<sup>3</sup>

En esa mañana de 1979 él iba vestido de traje gris oxford, impecable camisa y corbata oscura. Tenía cara de hombre bueno, de niño bueno. Tuvo a bien agradecerme las páginas que había escrito sobre esa verdadera biblioteca de Alejandría que es la antología *El mundo*

<sup>3</sup> Max Aub, *Nuevos diarios inéditos* (1939-1972), 22 de abril de 1969, p. 436.

En esa mañana de 1979 él iba vestido de traje gris oxford, impecable camisa y corbata oscura. Tenía cara de hombre bueno, de niño bueno.

*antiguo*, donde la poesía, la leyenda, la historia, la arqueología y la antropología ensamblan, como en un museo de la memoria, la Antigüedad Clásica, las antigüedades de medio y extremo Oriente, así como las Antigüedades y los mundos primitivos americanos *at large*. *El mundo antiguo* nació como una prolongación de las “lecturas clásicas para niños” que José Vasconcelos publicó en 1925. Pero José Luis Martínez supo imprimirle al encargo una variedad de registros, acentos, resúmenes, notas y accesorios editoriales que hacen de ella una digna réplica de la *Encyclopédie de la Héïade*, dirigida por Raymond Quenau y que, por supuesto, tiene don José Luis en su casa-biblioteca. El recuerdo de *El mundo antiguo* impone de paso el registro de la actividad diplomática de Martínez en Perú (1961-1972) y en Grecia (1971-1974). Y aquí otra anécdota personal: durante los años de 1973 y 1974, el joven Castañón hizo un viaje de un año por Europa y Medio Oriente, viajando de aventón y durmiendo donde podía. En cada país visitado iba a la embajada de México a leer la prensa y sobre todo la prensa cultural: el suplemento de *Siempre!*, la *Revista de la Universidad*. En Grecia, siendo embajador don José Luis, me llevé un chasco cuando una secretaria me informó que el Embajador Martínez se llevaba todos los periódicos y revistas culturales a la residencia para revisarlos personalmente.

Aquella mañana de 1979, don José Luis me interrogó sobre mi formación. Al despedirme, dijo: “Enseñame tus manos”. Con sorpresa yo le extendí mis palmas, dedos y metacarpios. Desde niño, yo me había

dado al ansioso deporte caníbal de comerme las uñas y de arrancarme eufóricamente los padrastrós circundantes. Don José Luis me dijo que si yo quería ser escritor y tener que ver con los libros, me tenía que cuidar más y sentarme a la mesa de trabajo con las manos limpias, “como quien va a a comer”. Estos consejos no dejaron de impresionar al joven *hippie*, insolente y profético. No olvidé el buen sentido de don José Luis cuyos labios se hacían eco del “alfabeto, pan y jabón” de Unamuno y Alfonso Reyes. Y, cuando cada semana o cada quince días me mandaba llamar para ver cómo iba el trabajo sobre el “libro pintado”, conocido como *Códice Borgia*, yo ya sabía que tenía que cuidar dos frentes: el de la limpia exposición sobre el calendario augural y la astrología judiciaria prehispánica y el otro...

En el amplio despacho de madera de la dirección del Fondo de Cultura, reinaba en la época de don José Luis una disciplinada geometría de libros y revistas dispuestos en las mesas. Por aquella época, don José Luis Martínez acababa de concluir la edición del volumen I de la correspondencia sostenida entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que va de 1907 a 1914. Dicho “epistolario íntimo” había sido publicado en la República Dominicana por Juan Jacobo de Lara en una edición plagada —ésa es la palabra— de errores y descuidos de transcripción, además de carecer completamente de notas e información complementaria. Don José Luis Martínez salvó de la muerte editorial y del olvido aquellas cartas. Como si estuviese obedeciendo un juramento hipocrático —recuérdese que sus primeros estudios lo llevaron a la medicina— don José Luis



“Para don Alfonso Reyes, admirado maestro y querido amigo, esta contribución para la segunda serie de *Los mexicanos pintados por sí mismos*. José Luis Martínez, 1951”

limpió y depuró el texto, y le devolvió la vida con su rico y comprehensivo prólogo, su cronología y sus notas. Este oficio de editor-filólogo como *resucitador* de textos, ha hecho de don José Luis Martínez una suerte de nigromante en el panteón de la literatura mexicana. El tema general de ese epistolario —cuya segunda parte queda pendiente de editar— viene muy a cuento en esta ocasión: es el de la amistad y el de la educación estética —para recordar a Schiller, el amigo de Goethe— que en forma recíproca y activa intercambiaron y se impartieron esos jóvenes, que tan en serio se tomaron a sí mismos, llamados Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El epistolario de estos dos autores es admirable pero la posibilidad de esa admiración se la debemos a este discreto y laborioso trabajador y artesano de las letras, que va escribiendo a lápiz, con letra menuda y regular sus resúmenes y reflexiones sobre las hojas desprendibles de un bloc, en su escritorio de la casa-biblioteca en la Colonia Anzures, mientras lo vigila una curiosa pequeña salamandra de bronce, que nos recuerda a Botticelli.

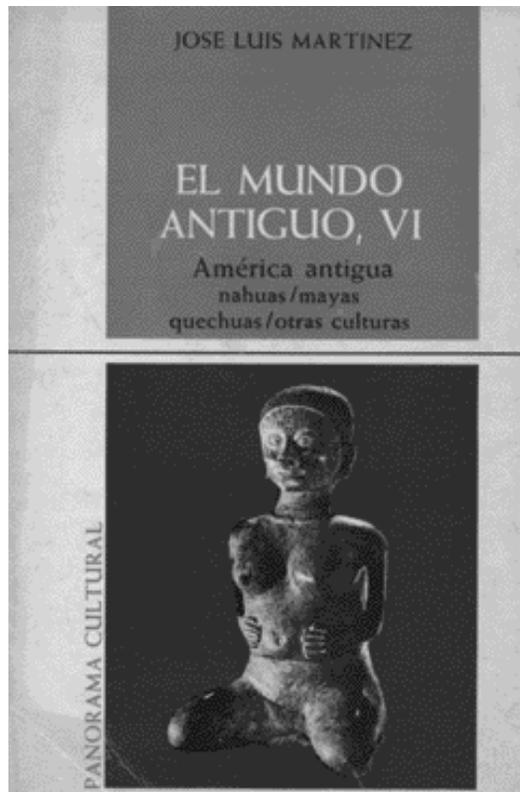
Filólogo, bibliófilo, crítico e historiador, cronista, amigo de los libros y creador de una red de inteligencias, José Luis Martínez es uno de esos escritores ineludibles, imprescindibles por su desinterés y probidad como lector y pensador de la literatura, la poesía y la historia. Decía que el tema de ese epistolario es la amistad. Esta facultad cordial y mental es el elemento que acrisola y fragua la alianza de virtudes —es decir, de fortalezas— de nuestro amigo y maestro. Ahí también se asoma otra de las facetas de la fisonomía intelectual —la de historiador— de este lector de tiempo completo que es uno de esos raros personajes cuya vida toda ha desembocado no en un libro sino en una biblioteca o en varias, uno de esos personajes en quienes la literatura, en este caso la mexicana, se hace cuerpo. Su biblioteca se prolonga también en otro plano: don José Luis —recordémoslo— estuvo casado, primero, con la bailarina Amalia Hernández y, luego, durante largo tiempo, con Lydia Baracs —húngara francófona, a quien le impuso el nombre de “Lupita”. De la primera, viene su primogénito el culto diplomático José Luis Martínez Hernández, mientras que la segunda le dio dos hijos, Rodrigo y Andrea Guadalupe Martínez Baracs quienes son también por derecho propio investigadores, historiadores reconocidos, gente de libros capaces de ayudar a su padre con búsquedas y paleografías. Y no podía ser de otro modo: el historiador de la literatura tiene que ser un historiador sin más, pues, como sabían Rubén Darío, Paul Claudel y el propio Martínez, quien, corteja a una musa, seduce a varias. Y aquí sólo haré un guiño amistoso al hombre mundano, al hombre que le gusta vestir bien y que no ha ignorado el arte de amar.



José Luis Martínez

El historiador José Luis Martínez venía preparando sus armas, coleccionando códices y libros mexicanos de los siglos XVI y XVII. Hizo estudios sobre el *Códice florentino* y sobre Bernardino de Sahagún, e incluso se atrevió a organizar la obra del poeta de Texcoco, Nezahualcōyotl, y a intentar reconstruir su vida en un libro todavía no superado. También, gracias a su paciencia industriosa, a su idea fija de coleccionista de papeles y documentos, pudo armar la edición de las *Obras* (1971, 1979, 1991) de Ramón López Velarde, que llevó a Octavio Paz a hablar desde entonces del “imprescindible José Luis Martínez”.

En aquella época de fines de los años setenta, don José Luis Martínez había empezado a reunir y a estudiar los materiales que darían como resultado la obra que quizá sea la más ambiciosa, notable, bien armada y bien escrita entre las muy numerosas que ha realizado. Me refiero a su biografía de Hernán Cortés, admirable trabajo de síntesis, erudición, ponderación y buen juicio pero, sobre todo, obra limpia e impecablemente pensada y escrita. Y escrita —como me lo hace ver el escritor José de la Colina— con esa nitidez y cortesía cartesiana de los escritores clásicos franceses. La biografía de Hernán Cortés por don José Luis Martínez es una obra insustituible porque está escrita teniendo a la vista todas las versiones y testimonios de primera mano disponibles sobre el legendario conquistador, súbdito de Carlos V y un cúmulo de libros especializados sobre las historias de Europa y América. Es una obra transatlántica que sabe engarzar la historia de España y de Europa con la historia y geografía de México, de Mesoamérica y del Nuevo Mundo; sabe hacer dialogar a Pierre Chauni, John Eliot con Miguel León-Portilla. Es también una de las pocas obras que toma en cuenta a Hernán Cortés ya no sólo como soldado y estratega



sino como escritor de temple que era capaz de escribir de “manera solazada y lenta en medio de las alarmas militares”, para citar lo que dice Alfonso Reyes sobre el estilo de Cortés, siempre según don José Luis Martínez. La obra estaba acompañada de cuatro tomos de documentos cortesianos (que incluían más de doscientos documentos comentados), lo cual es también índice de la probidad intelectual: de este hermeneuta y artista de la heurística —es decir, del arte de saber cómo saber.

Podemos imaginar que en algún momento don José Luis tuvo la tentación de escribir algo más amplio sobre la biografía de Bernal Díaz del Castillo pero se conformó con dar a la estampa “Una muestra de la elaboración de la Historia Verdadera de Bernal Díaz del Castillo” (1981), ensayo que es una lección de filología aplicada, conocimiento histórico y perspicacia crítica. Las puertas abiertas por la figura de Hernán Cortés llevaron al minucioso Martínez a escribir dos libros articulados entre sí y con el gran tema de los traslados transatlánticos y la vida cotidiana de los emigrantes españoles en los primeros tiempos de la Conquista: *Pasajeros de indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI* (1983) y *El mundo privado de los emigrantes en Indias* (1992). Con todos estos trabajos de investigación y de organización y creación crítica no será extraño que la Universidad Marcelino Menéndez y Pelayo de San-

tander le concediera el prestigioso premio que lleva el nombre del gran polígrafo del cual es émulo, discípulo y lector nuestro maestro y amigo.

Me ha tocado seguir indirectamente el trabajo de don José Luis Martínez como escritor, historiador, crítico literario, filólogo, editor y director de una editorial. Me ha tocado asomarme como amigo a su mundo de lector hecho de libros, revistas y periódicos desde hace no pocos años. Me ha tocado ver cómo fueron saliendo las revistas literarias mexicanas modernas (que reeditó el Fondo de Cultura Económica siendo él su director), del antiguo cuarto de juego de los niños de su casa-biblioteca en la Colonia Anzures. Me ha tocado ver su parsimonia financiera como funcionario. Me tocó ver cómo, entre otras, las colecciones de *Contemporáneos*, *El hijo pródigo*, *Letra de México*, *Taller* y *Tierra Nueva* —la revista que hizo (no me canso de recordarlo) junto con Leopoldo Zea, Alí Chumacero y Jorge González Durán— iban saliendo de su casa hacia la editorial para iniciar el largo camino de su reedición. También me ha tocado seguir su tarea como editor de los últimos cinco tomos de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, que luego de la muerte de éste, que dejó sólo preparados hasta el tomo XII, siguió Ernesto Mejía Sánchez del tomo XIII hasta el XXI, y que culminó Martínez con la edición de los tomos que van del XXII al XXVI; todo esto daría lugar a la edición guía para la navegación de Alfonso Reyes. La última tarea en la que me ha tocado acompañarlo es el proyecto de edición del monumental *Diario* inédito de Alfonso Reyes que él coordina con la colaboración de Alicia Reyes, Alfonso Rangel Guerra, Alberto Enríquez Perea, Víctor Díaz Arciniega, Javier Garciadiego, Fernando Curiel, Belem Clark y el de la voz. Llevamos varios años trabajando en este proyecto ambicioso, y puedo dar fe de la constancia apasionada de nuestro admirado maestro y amigo. No se ha contentado con leer cabalmente y por lo menos cinco veces las más de dos mil páginas del *Diario* de Reyes. Ha sabido identificar algunos tramos ilegibles y muchos personajes secundarios, denunciar algunas imprudencias y despejar alguno que otro error. También lleva muy adelantada la “Introducción general”, y nos está esperando a la vuelta del camino a los demás investigadores para concluir ese proyecto que lleva en el corazón como una deuda de amistad y de alianza filial y discipular con Alfonso Reyes, su maestro y amigo, en las dos orillas.

Empecé estas páginas evocando el libro *Problemas literarios*, publicado en 1955. Se me había pasado decir que esa obra se inscribe en el horizonte crítico abierto por Alfonso Reyes con sus libros de teoría literaria como *La experiencia literaria*, *El deslinde*, *La antigua retórica*, *Al yunque*, entre otras muchas. De hecho, se incluye ahí una carta de Reyes a Martínez sobre el ensayo “Algunos problemas de la historia literaria”. Como

## La biografía de Hernán Cortés por José Luis Martínez es una obra insustituible porque está escrita teniendo a la vista todas las versiones y testimonios de primera mano disponibles.

podrán comprobar el día de mañana cualquiera que se asome al *Diario* de Alfonso Reyes, el joven José Luis Martínez se iba imponiendo poco a poco como un colaborador puntual y responsable del maestro regio, quien llegó a encargarle la redacción del tramo correspondiente al siglo XIX, “Las letras patrias”, en la obra *México y la cultura*, organizada por Jaime Torres Bodet en 1946 desde la Secretaría de Educación Pública. La fidelidad humana y literaria de José Luis Martínez hacia Alfonso Reyes ha sido paralela a su fidelidad servicial a la literatura mexicana y a la literatura en general.

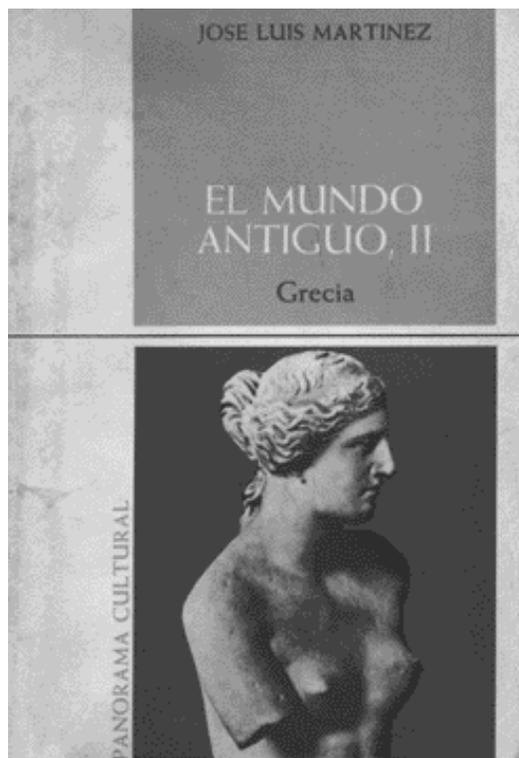
Como académico de número desde 1958 y, después como director de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1980 hasta 2000, José Luis Martínez ha sabido cumplir un papel más que decoroso como administrador parsimonioso, como gestor de recursos como lector y elector y, por supuesto, como editor e historiador de la Academia Mexicana de la Lengua, según puede dejar constancia el libro colectivo *Semblanzas escritas por académicos* editado, organizado, actualizado e impulsado por el propio don José Luis.

Hay finalmente un José Luis Martínez que es como un agente secreto de la curiosidad intelectual y el creador o descubridor de una serie de redes humanas y librescas. Ése es el autor del precioso breve libro *Bibliofilia*<sup>4</sup> que escribió como discurso al recibir el Homenaje al Bibliófilo, instituido por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en diciembre de 2002. En ese libro, que no tiene desperdicio, dice José Luis Martínez: “Como en lugar de cuentos suelo contar a mis hijos historias de mis libros, debí relatarles lo que antes escribí (sobre sus aventuras de lector con el *Diccionario universal de Historia y Geografía*)”.

Estas historias de libros son los hilos con que está tejida la suntuosa tapicería de una vida dedicada desde sus mocedades a la lectura y a la escritura. Al tratar de imaginar un emblema para estas páginas, vinieron a mi mente la serie de tapices conocida como “La Dama

y el Unicornio”, expuestos en el Museo Medieval de Cluny, en París. Vemos en ellos el sucesivo y progresivo desprendimiento de la dama para ser digna del unicornio. Ella va renunciando a todos los placeres y sentidos hasta que culmina brindando su vida: “*À mon seul désir*”.

Se ha discutido mucho sobre si el sentido de esta expresión alude al deseo, al albedrío o a ambos. Volviendo a José Luis Martínez, en él no hay diferencia entre pasión intelectual, placer por la lectura, deseo de saber y voluntad de conocer —vocación asumida desde el libre albedrío— para participar en esa titánica tarea colectiva que es la de la construcción interior de la torre de Babel. José Luis Martínez ha sido digno de ese sueño, con sus grandes ojos abiertos ha sido digno de sorprender en el bosque de las letras la presencia sutil del unicornio. [1]



<sup>4</sup> José Luis Martínez, *Bibliofilia*, Fondo de Cultura Económica, MMIV, México, 64 pp.